



Premio Casa da América Latina

El 16 de enero la Casa de América Latina en Lisboa otorgó al escritor y periodista argentino Tomás Eloy Martínez (1934) el primer “Premio da Casa da América Latina” dotado de 10.000 euros. Esta distinción se realizó por primera vez en Portugal. Gracias a la gentileza del escritor y del Dr. Mario Quartín Graça hoy podemos presentarle el discurso que se escuchó ese día.

La identidad de lo diverso

Tomás Eloy Martínez

La novela que la Casa de América Latina ha tenido la generosidad de distinguir a través de inesperadas aventuras –o, por decirlo mejor, desventuras– antes de nacer. Como sucede con todas las desdichas profundas, he esperado mucho tiempo para poder contarlas. Creo que, por fin, ha llegado la ocasión.

Durante la primera mitad del año 2001, creí que *El vuelo de la reina* era una novela condenada a morir antes de nacer. Empecé una primera versión en abril de 1998. Iba ya por la página ciento diez del manuscrito cuando, durante un examen médico de rutina, uno de los especialistas supuso que me aquejaba un mal sin remedio y me quedaban sólo seis meses de vida. Decidí consagrar ese tiempo a completar los capítulos que faltaban y a estar con mis hijos. Sin embargo, los seis meses se fueron en demostrar que el diagnóstico estaba errado y que la enfermedad no era tan letal como parecía.

El episodio hizo volar en pedazos la primera versión, que sucedía en Andorra y en Barcelona, con personajes y melodías que nada tienen que ver con la novela definitiva. Era la historia de un cónsul argentino, novelista convencional y arrogante, al que su esposa, largamente menospreciada como una frívola sin talento, derrotaba en un concurso literario. No es una idea digna de perdurar –como se advierte–, pero a mí me parecía que la manera de contar la historia tenía algo de novedoso.

Las primeras páginas de mis relatos son las que más me cuestan. Doy infinitas vueltas hasta encontrar el tono y la arquitectura que convienen al tema y, si los personajes se desvían de su cauce, todo lo demás se me desbarranca. He escrito tres versiones distintas de *La novela de Perón*, un libro de 1985, y dos de *Santa Evita*, que se publicó en 1995. Las dos versiones de *El vuelo de la reina* no se parecen para nada entre sí. Esta Casa de América Latina ha cometido la feliz equivocación de premiar la mejor de las dos. La otra yace en el osario de mis papeles muertos.

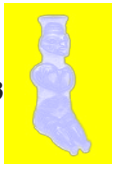


La versión definitiva de esta novela sobrevivió a varios infortunios. Comencé a trabajar en ella en julio del 2000. Había completado ya el primer capítulo, en el que describo al todopoderoso director de un diario de Buenos Aires observando con un telescopio a la mujer que se desnuda en el ventana de enfrente, e iba por la mitad del segundo, en la que ese mismo personaje conoce a una redactora de Cultura que quiere escribir el obituario de Robert Mitchum. Mientras avanzaba en la escritura, organizaba para Rutgers, la universidad donde enseñé, un encuentro al que, cada cuatro años, acuden los editores de los mayores diarios de Estados Unidos, España y América Latina. El encuentro debía realizarse en diciembre del 2000, y desde julio empezaron a confirmarse las invitaciones. El 18 de agosto, un viernes, llamé por teléfono al director de redacción del diario brasileño *O Estado de Sao Paulo*, Antonio Pimenta Neves, para preguntarle si viajaría solo o con su esposa a New Jersey, donde está el campus mayor de Rutgers. “Me he divorciado de la esposa que conoces”, me dijo, “y a fines de noviembre me voy a casar otra vez. Reservame una buena habitación en New Jersey, porque voy también en viaje de luna de miel”.

El lunes siguiente, a eso de las diez de la mañana, recibí un llamado de otro editor de *O Estado de Sao Paulo*. Me preguntó sobre qué había hablado yo con Pimenta Neves. “Puedo contarte lo que le dije. No es ningún secreto”, respondí. “Pero sólo él puede decirte lo que me contestó”. “Por eso estoy llamándote”, me dijo el editor: “porque Pimenta Neves no puede hablar. Ha desaparecido. Ayer a mediodía, en una *fazenda* que está a setenta kilómetros de Sao Paulo, mató a su novia de dos balazos. Le dio primero en la espalda, desde lejos, y luego la remató con otro disparo en la nuca”.

El hecho me parecía inverosímil, porque el Pimenta Neves que yo conocía era un hombre afable y serio, casi solemne. Más me sorprendí al conocer los detalles que lo condujeron al crimen, casi todos los cuales estaban previstos en el plan de mi novela. Ese azar me hizo sentir que yo estaba tocando la extraña zona de penumbra que divide a la realidad de la ficción, en cuya exploración llevo muchos años, y me dio el aire que necesitaba para avanzar otra vez en la escritura.

En eso estaba cuando, a fines de noviembre del 2000, asistí con mi esposa de entonces, que era también profesora en Rutgers, a una reunión universitaria que carecía de importancia. Al salir, un automóvil enloquecido nos atropelló en la calle. Yo salí del accidente casi indemne, con unos pocos golpes en el lado izquierdo del cuerpo. Mi esposa murió en el acto. Durante varios meses quedé en estado de pasmo. Escribir cada palabra era un trabajo de Sísifo y pensé que nunca recuperaría el impulso para retomar la novela. En julio del año siguiente, cuando más lejos me sentía de la felicidad, tuve la inmensa dicha de enamorarme otra vez de la mujer ideal. De



su mano aprendí a volar otra vez, como lo indica la dedicatoria de *El vuelo de la reina*. Gracias a ella regresé a la historia que se había desprendido casi por completo de mí, recuperé el tono y la arquitectura que creía perdidos. Tal como se oye en una canción de Andrés Calamaro, uno de los mejores autores populares de mi país, “mi pena entonces se transformó en poesía/ ahora puedo lo que no podía”.

Los autores de ficciones fracasamos siempre cuando intentamos explicar nuestros textos. Aunque la escritura de una novela es, como toda otra escritura, un acto de la razón, ciertos signos y metáforas se deslizan hacia el relato o *caen* dentro de él por un peso que no es el de la lógica sino el de la necesidad. El autor siente o sabe que deben estar allí, pero nunca descifra del todo los motivos por los que algo está en un lugar de la frase o del capítulo y no en otro lugar o en ninguno. Al autor pueden ocurrírsele justificaciones *a posteriori*, pero rara vez en el proceso mismo de la escritura. Si se detuviera a pensar en el por qué de cada línea, quedaría paralizado. Por eso a veces, cuando pasa el tiempo, el texto le parece ajeno. El tiempo hace que un texto vaya siendo cada vez menos del autor y cada vez más de quienes lo leen. Para un autor, su propio texto se sitúa en el pasado. Para el lector que lo examina, en cambio, ese mismo texto es un presente continuo, un código que va abriéndose a medida que se lo descifra.

A veces no es la ficción la que corrige la realidad sino la realidad la que corrige las ficciones. Toda novela, todo relato imaginado, son un acto de provocación, porque tratan de imponer en el lector una representación de la realidad que le es ajena. En esa provocación hay un yo que se afana por ser oído, un yo que trata de perdurar narrándose a sí mismo. Toda crítica es también una forma de la autobiografía, una manera de contar la propia vida a través de las lecturas, ya no como provocación sino como interrogación. Ambas escrituras son a la vez profecías e interpretaciones del pasado, reconstrucciones del futuro con los restos del presente.

Mis novelas nacen de las sorpresas que día tras día me depara la realidad y de la riqueza inagotable de las bibliotecas, sobre todo de aquellas que frecuenté en la infancia y en la temprana adolescencia. Mucha de mi formación proviene, más que de los textos leídos en la universidad, por obligación o por placer, de los libros que me prestaba la biblioteca Sarmiento de mi ciudad natal, Tucumán, cuando yo tenía entre 11 y 18 años. Todas las mañanas devolvía el libro que había retirado el día anterior y la bibliotecaria, una profesora de historia a la que habían despedido de su cátedra por disentir con el gobierno, siempre me reservaba alguna obra asombrosamente nueva. Así alcancé el inolvidable conocimiento de Heródoto, Tucídides, los diálogos de Platón, el *Edipo Rey* de Sófocles, las seis grandes tragedias de Shakespeare, *Os Lusíadas* de Camões, el Quijote, las ficciones de Dumas sobre el siglo XVI, *Os Maias* de Eça de Queiroz,



los poemas de García Lorca, de César Vallejo y de Pessoa –con su red de heterónimos–, la trilogía *Los sonámbulos* de Hermann Broch, *El castillo* de Franz Kafka, los cuentos de Borges, las escrituras encendidas del argentino Domingo Faustino Sarmiento.

En aquellos tiempos, no tan lejanos, el libro mantenía el aura de santidad que jamás debía perder, según lo dijo nuestro común compatriota Jorge Luis Borges, que tanto se enorgullecía de sus antepasados portugueses, los Acevedo. Hace medio siglo, el libro seguía siendo la fuente de todo conocimiento, y no –como le sucedió más tarde– una de tantas mercancías. Su naturaleza no estaba entonces amenazada por las fusiones multinacionales y los aluviones de la globalización que quizá estimulen la economía y la producción, pero no la imaginación y la libertad de crear.

América Latina debe mucho de su ilustración y del estímulo a su imaginación a una biblioteca que atravesó el Atlántico con el aliento de los mitos. Fue la biblioteca que reunieron los reyes de Portugal desde fines del siglo XIV, a partir del pequeño núcleo aportado por la colección de don João I, hasta que la destruyó, aunque no por completo, el terremoto de 1755. En esa época era ya grandiosa y desde todas partes de Europa los investigadores más lúcidos llegaban a Lisboa invitados por don Afonso V quien se enorgullecía de esa joya. Fue el mismo don Afonso quien eliminó los impuestos de importación de libros, contrató copistas, calígrafos e iluminadores de imágenes. Después de varias décadas de ocaso, la biblioteca alcanzó su apogeo durante el reinado de d. João V (1706-50). En esa época fue señalada como una de las tres mayores del mundo, junto con la biblioteca del Vaticano y la del rey de Francia.

Quizá estoy repitiendo historias que ustedes conocen desde la escuela primaria, pero para mí, que vengo de otra cultura, los avatares de esa biblioteca siempre me llenaron de un asombro inagotable y del deseo de saber más. Poco antes del terremoto de 1755, la biblioteca tenía casi setenta mil volúmenes –cifra enorme para aquella época–, además de documentos raros, códices, incunables, colecciones de grabados, partituras, mapas. Como bien lo señala Lilia Moritz Schwarcz en un libro excepcional, *A Longa Viagem da Biblioteca dos Reis*, aquella acumulación de riquezas letradas era el símbolo verdadero de Portugal, junto con sus navegantes y con sus poetas.

Cuando la corte de Bragança fugó hacia Brasil en noviembre de 1807, amenazada por la invasión napoleónica, el traslado de los libros se volvió un asunto de Estado tan importante como el desplazamiento de los atributos reales. Aun así, algunos tesoros preciosos estuvieron expuestos a la intemperie durante meses, en un barco anclado a pocos kilómetros del puerto de Lisboa. Una Biblia impresa por Gutenberg en Moguncia y un Libro de Horas del siglo XIV



fueron salvados *in extremis*, cuando les caía la lluvia, por un bibliotecario cuyo nombre merece retenerse, Luis Joaquim dos Santos Marrocos, porque fue él quien, en marzo de 1811, transportó a la “bárbara colonia tropical” las últimas 87 cajas de libros, que habían estado navegando entre Portugal y las islas Azores.

Después de su larga desventura marina, la gigantesca biblioteca anduvo a la deriva también en tierra. Los primeros volúmenes fueron ubicados en las catacumbas donde yacían unos frailes carmelitas, pero a medida que nuevos envíos llegaban por mar, el sitio se tornó insuficiente, y el rey João VI eligió entonces el piso superior de un hospital, hasta que, al emplazarse definitivamente en un edificio cerca del Palacio Real, en Rio de Janeiro, irradió su influencia sobre el naciente imperio brasileño. Desde allí extendió su luz hacia los países hispanos del sur, y fue citada varias veces como un ejemplo por los gobernantes criollos de Argentina y Chile.

La mitológica biblioteca dos Reis no ha desaparecido de la imaginación latinoamericana. En 1984 se supo, de manera inesperada, que su influencia continuaba, aunque no del modo que previeron los emperadores de Brasil. El primer barco que conducía a la corte de Bragança y sus libros ancló a fines de 1808 en el puerto de Salvador, en la bahía de Todos los Santos. Dos cajas de libros se perdieron en el desembarco, y ése parecía ser su destino, perdidas para siempre. Casi dos siglos más tarde, en 1984, algunas láminas de un gabinete de curiosidades provenientes de la Antigua Biblioteca Real, en las que se representaban serpientes y mariposas, fueron encontradas en un altar del sertão, al nordeste del Brasil, donde se las usaba para invocaciones religiosas. Bajo una forma u otra, los libros siguen poblando los sueños de la especie humana: para unos significan conocimiento, para otros libertad, y para otros fe, voluntad de creer.

Quiero renovar aquí mi gratitud a esta Casa de América Latina, que fortalece los lazos, por tanto tiempos perdidos o descuidados, entre nuestro inmenso continente y esta península materna de la que surgió nuestra civilización. Hace poco más de un año, en noviembre de 2005, el Foro Iberoamérica –del que soy miembro fundador– celebró en Lisboa su reunión anual a la que asistieron líderes políticos, empresarios y una decena de intelectuales. Aquí, en esta ciudad, se volvió a replantear la necesidad de recuperar nuestra heredad común, la cultura transatlántica de la que nos hemos nutrido mutuamente. Somos hijos de Camões, de Cervantes, de Pessoa, y en nuestra diversidad seguimos encontrando todavía las raíces de nuestra identidad ibérica.

El libro es como el agua. Se le imponen cerrojos y diques, pero siempre termina abriéndose paso. La adversidad pareciera fortalecerlo. Aun en los peores tiempos, las ideas que después se transformaron en la Palabra, han soslayado las censuras y las mordazas para cantar cuatro ver-



236 Premio Casa da América Latina: La identidad de lo diverso

dades y seguir siendo incorruptibles e insumisas cuando a su alrededor todos callan, se someten y se corrompen.

Gracias, Casa de América Latina en Lisboa. Gracias por compartir, desde esta orilla del Atlántico, los valores que definen lo mejor del espíritu humano: la imaginación, la libertad, el afán de justicia, la búsqueda de igualdad. Nuestro océano común ya no es más el infinito mar tenebroso que nos separaba. Ahora es el puente luminoso que nos une.